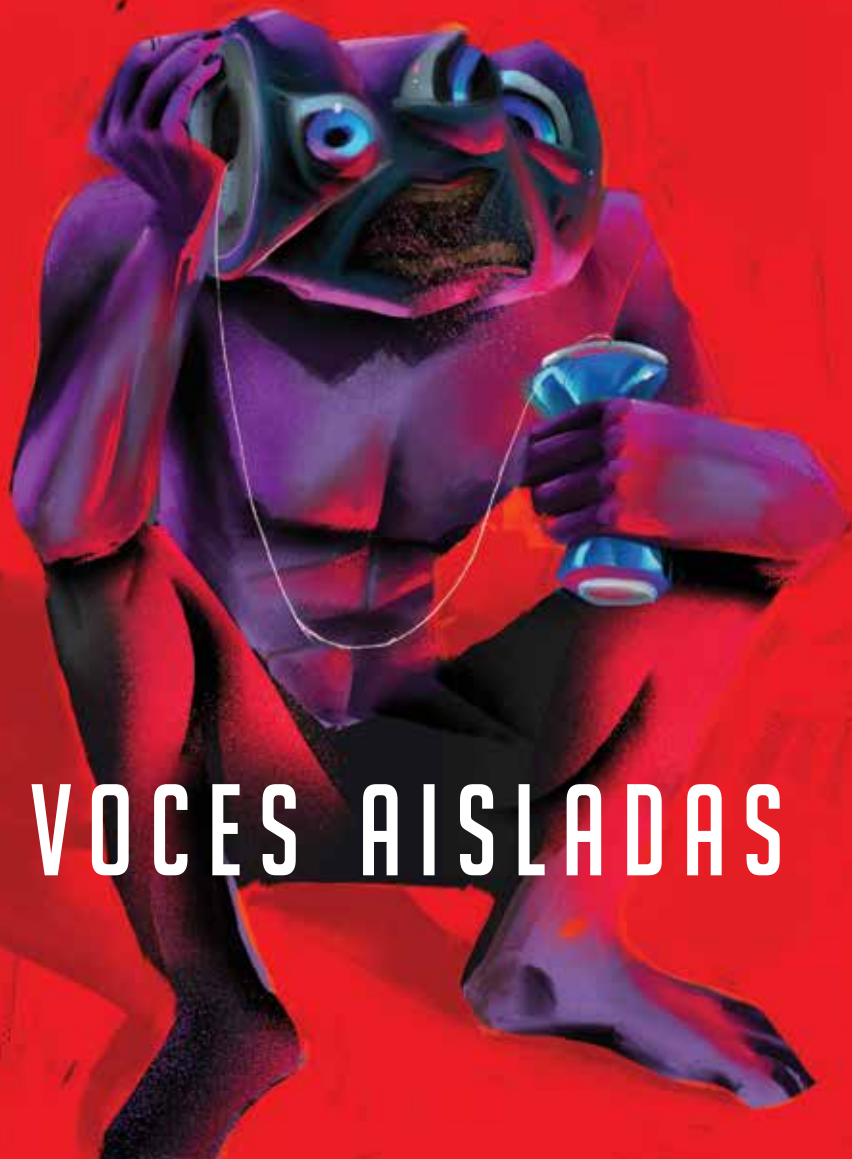


FINALISTA

LETRAS

2 M I L L I 8

MARIO CHAVARRÍA GONZÁLEZ



VOCES AISLADAS

Lecturas de cuarentena

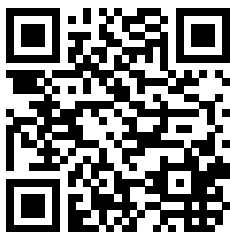
Lecturas de cuarentena

La otra piel, Mario Chavarría González

© Mario Chavarría González

El cuento “La otra piel” forma parte de la colección de cuentos *Voces aisladas* de Mario Chavarría González, libro de cuentos finalista del Certamen __ Letras 2018.

<http://www.fygeditores.com/FGVA9789929700598.htm>



F&G Editores

31 avenida “C” 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

informacion@fygeditores.com

www.fygeditores.com

LA OTRA PIEL

Cuando la dependienta que atendía a mi mamá se descuidó, tomé la primera prenda que tuve a mano y la introduje rápidamente en uno de los bolsillos de mi pantalón. Sentí una repentina necesidad de poseerlo, como si el objeto me llamara. Luego continué caminando entre los maniqués, con las manos dentro de los bolsillos y con cara de tedio para aparentar un aburrimiento que no sentía. Lo último que deseaba era salir de aquella tienda. Si no podía detener el tiempo, al menos habría deseado alargarlo, hasta que una empleada –que apareció detrás de un maniquí– se encargó de cortar de tajo el tiempo, cuando me tomó del brazo. Le dije que lo sentía y estuve a punto de devolver la prenda hurtada, pero se limitó a decir que me buscaban. Me arrastró hasta las cajas, adonde yo imaginaba a un guardia con esposas anticipando mi llegada. Para mi fortuna, mi mamá me esperaba para pagar sus prendas.

Esa noche, antes de acostarme, estuve deleitándome la vista y el tacto con la prenda hurtada. Era un diminuto calzón turquesa adornado en

los bordes con un listón de florecillas fucsia. No me cansaba de verlo y de sentir su textura: los bordados eran más ásperos al tacto, mientras que los hilos de la tela eran tan finos que parecían escurrirse entre mis dedos; la transparencia me hizo pensar que la prenda solo existía gracias al color. Incluso era un deleite para mi olfato, como aquellos amantes de libros que se maravillan al aspirar las páginas impresas de un antiguo texto. Ese ritual duró unos tres meses hasta mi siguiente hurto: un sostén satinado de color pitaya. Esa noche, cuando ya no me bastó apretar las prendas entre las manos o acariciarlas entre los dedos, me di cuenta de que, tras llevarme el sostén a la nariz, había empezado a lamer la delicada tela. Por una fracción de segundo, la textura cobró nuevas dimensiones al momento de adherirse a mi lengua.

Entrar a la tienda de lencería *La otra piel* era como estar en el Paraíso de los Sentidos. De Todos los Sentidos. El ambiente olía a aromáticas flores secas, similar a la fragancia que se sentía al entrar al apartamento de una amiga de mi mamá. Un aroma tan espeso que casi podía saborearse. Las voces no eran estridentes como en otros establecimientos, aquí eran suaves murmullos como en un santuario. Mis manos infantiles anticipaban desde ya las texturas, y las tonalidades me hacían pensar en el mercado de flores. La variedad de colores, estilos y tamaños de las prendas era impresionante: desde unos diminutos calzoncitos en colores encendidos (que no comprendí qué función tenían pues no ocultaban nada), hasta unos calzones sosos, sin color ni textura como los que usaba mi madre. Ahora, tantos años después, me pregunto:

¿cómo, habiendo tanta belleza y exquisitez en el universo de la lencería, muchas mujeres siguen recluidas en un mundo insulso y aburrido?

Uno de los inconvenientes era la espera. Mi mamá iba cada tres o cuatro meses a *La otra piel*. ¡En una ocasión tuve que esperar más de seis meses! La solución que encontré fue estirarle un par de calzones como si fueran resorteras, rasgarle el elástico a un fustán y dañarle la *ballena* a un sostén. Las visitas a la tienda se redujeron a una al mes. Al principio, mi mamá no cayó en cuenta de lo que sucedía, y le pidió a doña Conchita, la criada, que tuviera más cuidado al lavar su ropa. Después, dedujo que la calidad no era la mejor y cambió de marca. Antes de que escogiera otra tienda, decidí prolongar mis fechorías y ser más cauteloso con los daños que ocasionaba a sus prendas.

Con el tiempo, me convertí en un experto en el hurto de calzones y sostenes. El amplio local me permitía contemplar e internarme en ese bosque de muñecas apenas vestidas con prendas íntimas, y tomar lo que deseara. En una ocasión, llegué al extremo de hurtar un juego completo de lencería color amarillo con manchas negras, una textura que simulaba piel de leopardo, *baby doll* incluido. La bolsa de la jugetería que llevaba conmigo me permitió esconder las piezas. Afortunadamente, en ese tiempo no existían las etiquetas antihurto en la ropa ni los detectores a la salida de las tiendas. También ayudaba que las dependientas ya me conocían, y estoy seguro de que pensaron que mis desapariciones dentro de la tienda eran un juego a las escondidas: esa era la ventaja de ser niño. Un juego similar al que jugaba cuando era pequeño,

que consistía en que mientras mi madre estaba en el vestidor de alguna tienda, yo, disimuladamente, tocaba la tela a todo lo largo hasta el ruedo. Luego, me enrollaba entre los pliegues hasta desaparecer –según yo, por arte de magia– debajo de la falda o del vestido de mi elección. Lo cierto es que debajo de esa sombrilla de ligeras telas estaba a salvo de las miradas, en un mundo íntimo que solo me pertenecía a mí. Es probable que ese haya sido el punto de partida. Lo que comenzó como un juego de escondidas entre las piernas de los maniqués se convirtió en el pasatiempo de hurtar ropa interior femenina y coleccionarla.

Empecé ocultando mis diminutos trofeos en el clóset, debajo de mi ropa doblada, pero me di cuenta de que el riesgo aumentaba conforme crecía mi repertorio de brasieres y calzones. Así que desalojé las calcomanías del Mundial guardadas en una caja de zapatos y las reemplacé por mi nueva y exótica colección. En cuestión de meses, había pasado de un pasatiempo anodino a otro completamente excitante. La caja estaba escondida debajo de mi cama, arrinconada a la pared de la cabecera, donde el trapeador o la escoba no podían llegar. Un sitio inexpugnable, según yo.

Hasta que un sábado por la mañana, mientras acompañaba a mi madre al supermercado, mi papá se puso a revisar todos los tomacorrientes para ver cuál de ellos estaba ocasionando problemas. Llegó a mi habitación, movió la cama y sucedió lo que yo tanto temía. Cuando entré al cuarto, descubrí la tragedia. Sentado en el borde de la cama, mi padre sostenía una tanga

roja entre los dedos. Levantó la vista y me preguntó:

—¿De dónde la sacaste?

—Pues... este... —palidecí.

—¿Y todo esto? —dijo, y señaló a la cama, donde estaban desperdigadas todas las prendas de mi colección—. ¿De quiénes son?

—De nadie...

—¡Entonces te las robaste! No me digás que andás registrando los gaveteros de las mamás de tus amigos.

Estaba perdido. En cuanto se lo dijera a mi mamá y le mostrara mi botín, descubriría las fechorías que hacía su muchacho mientras ella se probaba prendas en los almacenes. Y con lo paranoica que era, seguro que le indicaría a mi papá que me enviara a terapia.

—¡No me vayás a salir con mariconadas! —dijo con firmeza y levantó una ceja.

—No, para nada —aclaré.

—Porque a mi hijo le gustan las patojas, ¿verdad?

—Sí, papá... me gustan las patojas...

Se levantó, puso su mano alrededor de mi nuca y la apretó suavemente.

—¡Así me gusta, vos! ¡Puro machito! —exclamó, mirándome con una sonrisa socarrona—. A mí también me empezaron a gustar los calzones de las viejas cuando tenía tu edad. Así que no tenés de qué avergonzarte. Es lo más normal del mundo, creeme.

Me quedé sin palabras. Tuve la inquietud de preguntarle si él también había hurtado calzones y sujetadores, pero no me atreví.

—¡Y, guardá esas tus babosadas! Para que no las mire tu mamá —me dijo tras dirigirse hacia

la puerta. En eso, se volteó—: Creo que uno de esos juegos no le vendría nada mal a tu mamá.

No sé qué me disgustó más: la posibilidad de que regresara por una de las prendas o la imagen de mi madre en tanga. Para mi fortuna, salió.

—Papá... —exclamé antes de que cerrara la puerta.

—No te preocupés, no le voy a decir nada a tu mamá —dijo, como si adivinara lo que iba a pedirle—. Será nuestro secreto.

“Nuestro secreto”, pensé con alivio y angustia.

El gran dilema llegó cuando alcancé la adolescencia. Tenía alrededor de quince años y, aunque ya no podía entrar a una tienda de lencería de la mano de mi mamá, quien me daba dinero para que fuera a comprarme algo mientras ella hacía sus compras, tampoco había alcanzado la edad para refugiarme en la excusa de buscar un regalo para mi novia. Aunque confieso que le di vueltas a la idea de decir que era un regalo para mi mamá, pero me pareció algo grotesco. ¿Quién le regala ropa interior a su madre? ¡Mucho menos ropa sensual! No me quedó más que reconfortarme con mis antiguas prendas. Fue una temporada difícil; una época en que me sentí expulsado del Paraíso.

Sin embargo, un día todo cambió. Descubrí por casualidad que mi madre había comenzado a variar estilos y colores en su ropa íntima. Posiblemente, inició la transición desde que mi padre descubrió mi secreto y le regaló algo más atractivo. No sé. Lo que sí sé es que se me ocurrió tomar prestadas sus prendas como la única solución posible; hubiera sido estúpido robarlas.

Durante la década que llevaba doña Conchita trabajando con nosotros, “nunca se ha perdido siquiera un alfiler”, decía mamá.

Hacía los préstamos cuando mis padres salían y doña Conchita estaba en el cuarto de servicio o atareada en la cocina. En esos momentos, iba al armario de mamá y hurgaba entre su ropa interior para tomar alguna braga provocativa o un sujetador elegante. Por lo general, era solamente una pieza, la cual debía regresar a más tardar al siguiente día, por aquello de que la fuera a utilizar o se percatara de su ausencia, aunque a veces la osadía se apoderaba de mí y me llevaba un conjunto completo.

Una noche, a una hora en que mis padres ya dormían, olvidé colocar el seguro a la chapa. Mi padre entró a mi habitación sin tocar. Yo estaba parado frente al espejo, viendo cómo me quedaba la ropa interior de mamá. Llevaba pues un conjunto de calzón y sostén negros de fibra, que hacía juego con unas medias oscuras que me llegaban a medio muslo.

A mi padre siempre lo había visto gracioso, incluso algo vulnerable, en su pijama a rayas. Pero su rostro de esa noche, entre sorprendido y encolerizado, le daban un aspecto amenazante. Dio un par de saltos, me tomó con fuerza de un brazo y con la mano libre me lanzó un puñetazo a la cara. El golpe me hizo caer sentado en la cama y, sin darme tiempo a protegerme, comenzó a arrancarme las prendas mientras me reprendía por lo que calificó de “mis mariconadas”. La nariz me sangraba. De un jalón volvió a ponerme de pie y un golpe en el estómago me hizo caer de rodillas al piso frío. Me oriné. Traté de hablar, de explicarle, de pedirle que me

oyera. Necesitaba decirle que esa era la única manera de sentir con mayor intensidad aquellas prendas... que olerlas, tocarlas y saborearlas ya no me satisfacía... incluso, que las patojas me seguían gustando.

Pero no pude. Desnudo, tendido sobre un charco amarillento y de sangre que me fluía de la nariz, siguió golpeándome mientras mi madre gritaba algo desde la puerta. Me sentí como un maniquí que empezaba a desarmarse, y comprendí que con cada golpe se iba rompiendo nuestro secreto.

El cuento “La otra piel” forma parte de la colección de cuentos *Voces aisladas* de Mario Chavarría González.

Si desea leer el libro completo, lo puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica, WhatsApp: +502 5017-3130

Piedrasanta, WhatsApp: +502 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

#YoLeoEnCasa